

EL CAMPESINADO Y LA AGRICULTURA EN PEQUEÑA ESCALA SON QUIENES SIGUEN ALIMENTANDO AL MUNDO



POR QUÉ IMPORTA EXPLICAR LAS AFIRMACIONES CONTRAPUESTAS DEL 70% FRENTE AL 30%

Ha surgido un debate sobre qué proporción del suministro mundial de alimentos proviene de la agricultura campesina y en pequeña escala, un debate que puede tener grandes implicaciones para la elaboración de políticas que respondan al hambre. Organizaciones de la sociedad civil y movimientos campesinos han calculado que alrededor del 70% del mundo es alimentado por la agricultura campesina y en pequeña escala. Sin embargo, dos trabajos académicos recientes afirman que sólo alimenta a un tercio de la población mundial. Resulta significativo que uno de estos nuevos trabajos esté redactado por la agencia alimentaria de la ONU, que aconseja un cambio de política hacia mayor apoyo a las grandes cadenas agroalimentarias.

Los dos estudios son:

1. Ricciardi V. *et al.*, (2018), "How much of our world's food do smallholders produce?", *Glob. Food Sec.* 17, 64-72.
2. Lowder S.K., *et al.*, (2021) "Which farms feed the world and has farmland become more concentrated?", *World Development*, 142.

Un examen más detallado de estos documentos (a continuación) sugiere firmemente que no se debe confiar en ellos para orientar los cambios de política. Las preocupaciones incluyen:

1. **1. Ambos estudios sólo miden la producción agrícola, lo cual es una forma inexacta de entender quién alimenta al mundo (ignorando la importancia fundamental del consumo).** Aseguran que el cálculo del 70% es falso, al tiempo que definen erróneamente lo que describen.
2. **2. Ambos estudios pasan por alto una gran cantidad de alimentos que se consumen,** en especial los que consumen las personas más pobres y comunidades campesinas.
3. **3. Los estudios utilizan diferentes indicadores, a veces inapropiados, que sustituyen las mediciones necesarias:** cuentan la cosecha, la superficie de la tierra o el valor económico de los alimentos como sustituto del consumo y de la nutrición adquirida.
4. **4. Ambos estudios limitan significativamente la definición de la "pequeña escala" a 2 hectáreas, al tiempo que excluyen de sus cálculos otros tipos de producción campesina y en pequeña escala.**
5. **5. Uno de los estudios (Ricciardi *et al.*) introduce un importante sesgo geográfico,** excluyendo datos precisamente de las regiones con más campesinado y producción en pequeña escala.

Este informe proporciona los antecedentes de esta disputa, el porqué es importante, y describe las formas en que estos dos estudios fallan a la hora de aclarar quién alimenta realmente al mundo.

Introducción: ¿Setenta o treinta por ciento?

En un informe de 2009 titulado ¿Quién nos alimentará?, el Grupo ETC calculó, por primera vez, que la diversa producción campesina es la principal fuente de nutrición de aproximadamente el 70% de la población mundial.¹ En aquel momento, esa cifra puso en tela de juicio las suposiciones de los responsables políticos de que eran las grandes empresas agroindustriales las que alimentaban al mundo. La estimación del 70% fue posteriormente recalculada y verificada por el Grupo ETC en otras dos versiones de su informe (la más reciente, de 2017)² y fue ampliamente confirmada y apoyada mediante trabajos posteriores de GRAIN y otros, incluido el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), que estimó que la producción en pequeña escala proporciona el 80% de los alimentos en vastas áreas del mundo en desarrollo.³ Esta cifra del “70%-80%” se ha citado ampliamente desde entonces, incluso por las agencias de Naciones Unidas, como un atajo estadístico para reafirmar que campesinas, campesinos y muy diversos productores en pequeña escala alimentan al mundo.

Sin embargo, recientemente, un par de estudios académicos acapararon titulares al cuestionar la cifra del 70% y proponer una conclusión muy diferente. En particular, la publicación de 2018 del científico de datos Vincent Ricciardi y sus colegas de la Universidad de Columbia Británica (Ricciardi et al.) se propuso directamente desacreditar el cálculo del 70% usando un modelo construido con datos formales de producción de cultivos.⁴ Ese estudio calculó que la contribución de la producción agrícola en pequeño se acercaba a suministrar sólo el 30 % de los alimentos. En 2021, otro documento (de Sarah K Lowder et al.), se publicó como investigación de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO).⁵ Éste último concluía de forma similar que la agricultura campesina y en pequeña escala sólo contribuye en 35% al suministro mundial de alimentos.

¿Qué está en juego? Supuestos políticos.

Los autores de ambos estudios rechazan tajantemente la afirmación de que la producción agrícola campesina y en pequeña escala sea la principal fuente de seguridad alimentaria mundial. Además, comentaristas con intereses particulares y verificadores de hechos en los medios⁶ están promoviendo los estudios, como si quisieran eliminar la afirmación de que comunidades campesinas y de producción agrícola en pequeña escala alimentan al mundo. Es el caso de Our World In Data (OWID) un sitio web con sede en Oxford, especializado en producir “datos para las políticas”, que dirige el economista neoliberal Max Roser, y es financiado en gran medida por la Fundación Bill y Melinda Gates.⁷ OWID publicó en agosto de 2021 el artículo “Los agricultores en pequeño producen un tercio de los alimentos del mundo, menos de la mitad de lo que afirman muchos titulares”⁸

Ese artículo fue escrito por Hannah Ritchie, directora de negocios de una empresa emergente de biotecnología y antigua consultora de los mercados del carbono, que ahora trabaja en la escuela de negocios de Oxford.ⁱ El artículo se apoya en el estudio de Ricciardi et al. para asegurar, de forma retórica y condescendiente, que la agricultura en pequeña escala es “un trabajo agotador con escasos beneficios” y que “un país no puede dejar atrás la pobreza profunda cuando la mayoría de la población trabaja como agricultores en pequeño.”

Pese a su antipatía hacia la producción campesina, la autora de OWID tiene claro el significado político del cálculo del 70%, porque “...podría convencernos de que un mundo de agricultores en pequeño es lo que necesitamos. Si produjeran casi todos los alimentos del mundo, tal vez sea un futuro que querríamos mantener. Podría preocuparnos el futuro del sistema alimentario mundial si los países optaran por una agricultura de mayor escala. A medida que los países se enriquecen, el tamaño medio de las explotaciones tiende a aumentar. Entonces, si la mayoría de los alimentos del mundo vienen de fincas pequeñas, tal vez debemos preocuparnos.”

Lo que Ritchie presenta como diferencias entre las fincas grandes y las pequeñas es en realidad una reflexión, que pretende ser más profunda, sobre dos modelos alimentarios en competencia: la cadena industrial de producción de alimentos y la red alimentaria campesina. Hoy, la metáfora de la cadena industrial domina la toma de decisiones sobre la alimentación, al punto de que muchos legisladores apenas reconocen las redes campesinas de suministro de alimentos que existen (y preexisten) a su lado. Durante los últimos 80 años, la agroindustria ha construido con éxito una narrativa en la imaginación popular: que la mayoría del mundo obtiene sus alimentos de la cadena industrial.

Sin embargo, como muchas comunidades rurales saben, y el Grupo ETC lo hizo visible con el cálculo del 70%, esta historia de la cadena alimentaria industrial de la nutrición global es incorrecta. De hecho, lo más certero es que la red alimentaria campesina preexistente, aún alimenta a la mayoría de la población mundial, particularmente fuera del Norte industrial. Esto es especialmente evidente cuando se tiene en cuenta la ineficiencia de la cadena. Como reconoce Ritchie (pero lo descarta ideológicamente), este malentendido tiene consecuencias. Si los formuladores de políticas comprendieran completamente la importancia de la red campesina de provisión de alimentos, ello tendría profundas implicaciones para el futuro de las políticas de alimentación y desafiaría la creencia y las inversiones en la agricultura industrial.

Que los productores pequeños o grandes alimenten al mundo, por lo tanto, realmente importa al establecer políticas para combatir el hambre global. Por esta razón, se justifica una mirada más cercana a estos dos estudios. Sin embargo, ese escrutinio revela que su diseño, su marco conceptual, los objetos que cuentan, los datos en los que se basan y lo

ⁱEl perfil profesional de Hanna Ritchie puede verse aquí:

<https://www.linkedin.com/in/hannah-ritchie-8646b899/?originalSubdomain=uk>

que omiten, sistemáticamente borra, oscurece y distorsiona las contribuciones reales a la seguridad alimentaria mundial realizadas por los productores de alimentos en pequeña escala, lo que podría sesgar considerablemente la cifra final de la comida que ponen en la mesa de todos.

Esto es particularmente preocupante, ya que uno de estos documentos viene de la Organización para la Agricultura y la Alimentación⁹ y, por lo tanto, puede tener un impacto directo en la política de seguridad alimentaria mundial. De hecho, los autores de la FAO hacen un llamado explícito para que su informe genere una mayor atención hacia las grandes explotaciones agrícolas para abordar la futura demanda mundial de alimentos. Afirman (pero no fundamentan) que la política alimentaria actualmente está demasiado sesgada hacia la agricultura en pequeña escala.¹⁰

En una carta a la FAO, varias organizaciones de la sociedad civil argumentan en contra de este llamado y observan que, por el contrario, en muchos contextos, la política y las inversiones en agricultura y alimentación ya están enmarcadas de manera autoritaria para facilitar la producción agrícola a gran escala, especialmente para el comercio y la exportación.

Al final, con un estudio más minucioso, puede ser que 70% no sea el número exacto con que contribuye la producción en pequeña escala a la seguridad alimentaria mundial, aunque ETC defiende firmemente ese cálculo. Nos parece muy poco probable que 30-35% sea una cifra precisa.

Además, estas cifras sólo cuentan la mitad de la historia. Es de igual importancia medir con precisión las contribuciones de las grandes explotaciones de la cadena alimentaria industrial. Ésta debe evaluarse rigurosamente para determinar a cuántas personas realmente alimenta ese modelo al final del día, en comparación con los billones de dólares en infraestructura, inversión y los considerables costos de salud, ambientales y de cambio climático asociados con la agroindustria. Lo que se necesita con urgencia es un acuerdo común sobre cómo reconocer, contar y evaluar de manera justa no sólo quién alimenta realmente al mundo hoy (y a qué costo) sino, lo que es más importante, quién estará mejor capacitado para seguir alimentando al mundo en un futuro cada vez más incierto y constreñido.

CINCO MANERAS EN QUE LOS DOCUMENTOS DE RICCIARDI Y LA FAO NO COINCIDEN. CUESTIONAR EL TREINTA POR CIENTO.

1. Formular mal con mediciones incorrectas

Dicen los autores de la FAO que “a menudo se afirma que las pequeñas parcelas son responsables de una gran parte de la producción mundial de alimentos” y concluyen que su estudio muestra que tales afirmaciones son “inverosímiles”. En un tono similar, el

estudio de Ricciardi et al. reporta su incredulidad hacia la idea de que agricultores en pequeña escala alimentan al mundo.¹¹ Particularmente interesados en presentarse en blogs y entrevistas como heroicos cazadores de mitos, basados en la ciencia de los datos, presumen haber refutado el entendido común de que la agricultura campesina y en pequeña escala produce el 70% de la comida del mundo. Al hacerlo, y desde la primera línea de su artículo, muestran una deliberada mala interpretación de la estadística que supuestamente estaban desacreditando.

Tanto el documento de la FAO como el de Ricciardi tratan sobre la producción. Son indagaciones sobre qué porcentaje de la canasta de producción agrícola total del mundo es producida por agricultura campesina y en pequeña escala. Cada uno intenta construir modelos estadísticos para responder a esta pregunta utilizando fuentes formales de datos. Por el contrario, la estimación del 70% nunca se refirió a la producción total. Cuando el Grupo ETC introdujo por primera vez el cálculo del 70% en 2009, era más una afirmación relativa al consumo. No contó la producción total, sino que trató de comprender la importancia relativa para la seguridad alimentaria de dos sistemas alimentarios paralelos: la red alimentaria campesina y la cadena alimentaria industrial.¹²

La cadena industrial de producción de alimentos es una secuencia lineal de eslabones económicos que van desde los insumos de producción, hasta el resultado final para el consumo, que la agroindustria describe como “la cadena de valor alimentaria”. Este modelo de producción de alimentos organizado en cadenas comerciales es el concepto dominante en la política agrícola actual. Está indisolublemente ligado a la economía de mercado global, así como a los sistemas financieros y políticos. Los métodos de producción de alimentos de la cadena tienden a utilizar insumos externos que conllevan costos ocultos: efectos perjudiciales para el medio ambiente, el clima, la salud pública y los derivados del extractivismo.

La red alimentaria campesina es anterior a la idea de la cadena de valor alimentaria industrial. Es un sistema territorial compuesto por relaciones comunitarias entre unidades de producción pequeñas, locales, indígenas y campesinas, muchas veces dirigidas por familias o mujeres, que pueden dedicarse a la agricultura, a la ganadería de traspatio, al pastoreo, a la caza, la recolección, la pesca artesanal, y la siembra urbana y periurbana. Las personas en estas redes pueden o no cultivar la totalidad de sus alimentos, comerciar con vecinos y vender el excedente en los mercados locales. Esta red opera en gran medida fuera de los mercados financieros globales, puede no ser identificada en las estadísticas formales y, a menudo, emplea métodos de producción más ambientalmente beneficiosos (o menos dañinos) que los de la cadena alimentaria industrial.

La estadística original del 70% en ¿Quién nos alimentará?, intentaba calcular la importancia relativa de estos dos modelos para la nutrición diaria de las personas. Específicamente, ese informe afirmaba que “los campesinos alimentan al menos al 70% de la población mundial”, es decir, que el 70% de las personas se abastece

principalmente de canasta de la red alimentaria campesina, y no de los supermercados y los eslabones a lo largo de la cadena industrial. Para llegar a esta cifra, ETC calculó los alimentos proporcionados por la agricultura y la ganadería en pequeña escala, los combinó con otras fuentes de alimentos campesinos como la pesca, la caza y el cultivo urbano y estimó la cantidad de necesidades nutricionales de la población mundial que se satisfacen por esa cantidad de calorías. ETC intentó describir cuál es la fuente principal de nutrición de la gente y encontró que muchas de las calorías producidas por la cadena alimentaria industrial se desperdician o no se comen. Esta estimación del 70% se refiere, por tanto, no sólo a la medida en que las comunidades agrícolas proporcionan alimentos y nutrición para ellas y sus vecinos, sino también a cómo la gente dedicada a la pesca, la cría de ganado, la caza, la recolección y la producción urbana, trabaja junta para que los alimentos estén disponibles. Intentó calcular no la cantidad total de alimentos, calorías o granos que cada sistema o escala de cultivo producía en términos masivos en los campos, sino qué sistema realmente alimentaba a la mayoría de las personas al final del día.

En la versión de 2017 de *¿Quién nos alimentará?*, la estadística también afirmaba algo aún más matizado: que el 70% de las personas “acude a” la red alimentaria campesina.¹³ “Acudir” es un concepto más sutil que trata de distinguir cómo las personas obtienen alimentos de uno u otro sistema. Puede significar 1) que las personas “principalmente” obtienen sus alimentos de la red, y 2) lo que es más importante, que en tiempos de dificultad alimentaria, ya sea por hambruna, aumentos de precios, perturbaciones sociales o crisis climáticas, es la red territorial de la producción campesina la que las mantiene con vida. Es una estadística que intenta arrojar luz sobre los modos de proteger la seguridad alimentaria, la resiliencia y la nutrición en tiempos difíciles; no aborda únicamente la producción a granel de materias primas.

Recuadro: Calorías que se producen y calorías que llegan a la gente

Una cuestión clave para comprender quién alimenta al mundo es la distinción entre las calorías producidas y las que llegan a la gente. El que un método de cultivo produzca muchas calorías no significa se destinen a alimentar a las personas. Las calorías pueden desperdiciarse o canalizarse hacia alimentos para animales, biocombustibles y otros usos no alimentarios, lo que complica la forma en que evaluamos los métodos para aliviar el hambre. Emily Cassidy y su equipo estudiaron este fenómeno en los principales países agrícolas. Descubrieron que en India, por ejemplo, 89 por ciento de las calorías de la cosecha se destinó a alimentar a la gente durante el periodo de estudio. En Brasil, sin embargo, sólo 45 por ciento llegó a la gente. En Estados Unidos, que produce la mayor cantidad de calorías brutas de todos los países estudiados, fue únicamente el 27 por ciento.

Esto nos lleva a la pregunta clave de cómo definimos la eficiencia agrícola. Los métodos

agrícolas a menudo se evalúan por la eficiencia con la que producen calorías: cuántas toneladas producen por hectárea. Pero si buscamos entender cómo alimentar al mundo, tendría mucho más sentido evaluar la eficiencia de los métodos en función de cuántas calorías llegan a las personas, como argumenta Cassidy. Referirse sólo a las calorías producidas, al hablar de la alimentación de las gente, es un sinsentido si la mayoría de esas calorías se desvían a otros usos. Tampoco es útil si esas calorías se transforman en excesos alimentarios, lo que lleva a la diabetes y otras enfermedades metabólicas. La cadena alimentaria industrial puede producir muchas calorías netas, pero si sólo llega al mismo núcleo de población y lo sobrealimenta, tomar en cuenta la cantidad bruta de calorías producidas dice muy poco sobre qué sistema alimentario realmente nutre a la gente.

Ni Ricciardi ni el documento de la FAO intentaron calcular con rigor qué cantidad de calorías o de alimentos llegan al punto de consumo humano, tema clave para el problema de la nutrición.

El artículo de Ricciardi, aunque parece interesarse por la nutrición, puesto que cuenta calorías, usó un modelo insuficiente para explicar el problema de las grandes cantidades de alimentos que nunca llegan a la gente. Si bien excluyó cultivos destinados a biocombustibles y aceites industriales, excluyó las pérdidas post-cosecha y calculó de formas distintas los granos para alimentación animal, no tomó en cuenta el 17 por ciento de los alimentos que se desperdician en los supermercados, en los servicios de alimentos y en los hogares,¹⁴ y tampoco sumó a esas pérdidas otro 17 por ciento de calorías que se convierten en sobrepeso y obesidad.¹⁵

De igual modo, el documento de la FAO no considera los desperdicios ni los excesos alimentarios. Su metodología determina de modo burdo el valor porcentual de los alimentos producidos por agricultores en pequeña o gran escala sobre la base de la superficie agrícola total que poseen: una métrica indirecta que tampoco descarta los usos no alimentarios de esa tierra (piensos, oleaginosas o biocombustibles), ni la tierra no cultivada.

2. Al recortar datos, se ocultan cosechas y “faltan” alimentos

Es importante destacar que la cifra original del 70% intenta visibilizar toda la red de suministro de alimentos que tejen campesinas, campesinos y productores no industriales, que incluye los alimentos extraídos artesanalmente del mar y los ríos, la caza en la sabana o en las selvas (carne de monte); alimentos recolectados en los márgenes de los campos o en el bosque y cultivados en los jardines y terrenos baldíos de ciudades y chabolas. Es un cálculo que quiere dar cuenta de la comida que la gente que migra se lleva de los campos a sus casas, y lo que las comunidades comparten en sus huertas y milpas colectivas. Todas éstas son fuentes de nutrición que van más allá del concepto

económico de “pequeño agricultor” utilizado por Ricciardi y el documento de la FAO. Ese término, en el mejor de los casos, sólo describe los alimentos cultivados y contados en tierras que están formalmente registradas (que dejan fuera a los sin tierra y, en algunas circunstancias nacionales, posiblemente también a aparceros y arrendatarios). De esta manera, las estadísticas oficiales de producción basadas en el mercado sobre las que se construyeron las cifras de los estudios citados “invisibilizan” otras formas sumamente significativas en que tanto la población rural como la urbana se alimentan diariamente.

En su informe de 2009, ETC trató de visibilizar estas fuentes adicionales desagregando la cifra del 70%. Se argumentaba que campesinas y campesinos producen 50% de los alimentos, y que 20% de la nutrición proviene de estos otros aspectos de la red alimentaria campesina (productos artesanales, pastoreo, pesca, caza y recolección, producción urbana). Ni el documento de Ricciardi ni el documento de la FAO abordan ese otro 20% de las fuentes de alimentos de las redes de subsistencia no industriales, perdiendo de vista un porcentaje significativo de la nutrición del campesinado.

Incluso dentro del conjunto limitado de datos formales de producción agrícola, enfocarse en los cultivos básicos puede dejar de lado la nutrición rica en calorías que proviene de la carne, los huevos, los productos lácteos, la pesca y los mariscos; los alimentos silvestres cazados y recolectados, los alimentos cultivados o criados para uso doméstico o compartidos con vecinos. Por ejemplo, Ricciardi et al. rastreó 154 cultivos básicos y vegetales, pero omitió las categorías mencionadas anteriormente, ocultando así una gran parte de la dieta. Si bien el modelo creado por los investigadores de la Universidad de Columbia Británica representó parcial e indirectamente algunas calorías derivadas de carne, lácteos y huevos (de animales alimentados con granos comerciales), excluyó la nutrición del pastoreo, los animales alimentados con sobras o fuentes silvestres, la recolección de insectos, peces, mariscos, etcétera.

Los autores del estudio de la FAO derivaron sus datos de la información sobre el valor agregado de toda la producción nacional de alimentos que se encuentra en “explotaciones agrícolas”, definidas como unidades de producción agrícola y ganadera. La producción de pescado o marisco no se contabilizó a menos ocurriera en explotaciones agrícolas que también produjeran cultivos básicos y ganado.¹⁶ De esta manera, en realidad se apartaron de las descripciones más amplias con las que la FAO ha definido a los agricultores familiares en el pasado,¹⁷ borrando al campesinado de su modelo. También les borraron de su definición de “agricultores en pequeña escala”. En algunas jurisdicciones, las pequeñas propiedades para la producción de alimentos luchan incluso por ser reconocidas formalmente y contar en las estadísticas. La definición de “explotación agrícola” excluye la comida que viene de huertos y cultivos urbanos y de las parcelas y áreas de producción comunales.

3. Medidas confusas. ¿Qué es lo que se compara y se cuenta? ¿Calorías? ¿Tierra? ¿Valor?

Aunque ambos estudios tratan de medir la tierra y la producción general de alimentos con resultados similares, cuentan diferentes unidades de diferentes maneras. Ricciardi et al. eligió una metodología que comienza por contar las cosechas a partir de los registros formales de las explotaciones agrícolas y luego convertirlas en calorías (una métrica nutricional).

En contraste, los autores del estudio de la FAO primero revisan el área de cada una de las unidades agrícolas registradas, grandes y pequeñas, independientemente de la cantidad de tierras que se usen para la producción de alimentos. Después usan esa información sobre el área como indicador indirecto (proxí) de los porcentajes de la producción de alimentos, porcentajes que luego los convierten en “valor de la producción de alimentos”, de tal forma que se asignan a las grandes extensiones grandes porcentajes y a las parcelas pequeñas, porcentajes menores del “valor de la producción de alimentos”. Una aproximación bastante inusual. Así, si las “explotaciones grandes” tienen el 80% de la tierra agrícola (sin importar cuánta de esa tierra produzca alimentos), los autores de la FAO asumen que esas explotaciones también son responsables del 80% del valor neto de la alimentación producida en ese país.

Esta metodología de indicadores indirectos se integra con una serie de supuestos problemáticos. En primer lugar, equipararon la tenencia de tierras agrícolas con el valor de los “alimentos” producidos. Nuevamente, imaginemos que los grandes agricultores poseen formalmente el 80% de la tierra en un país. Incluso si esos grandes agricultores en ese país estuvieran usando todas sus tierras para biocombustibles, cultivos de fibra, silvicultura, alimentación animal y otros usos no alimentarios, esta metodología los reportaría como productores del 80% de los “alimentos” en ese país. Es posible que la tierra agrícola incluso no esté en producción, pero aun así se cuenta como productora de alimentos: datos recientes muestran que inversionistas internacionales adquirieron 33 millones de hectáreas para la producción agrícola desde el año 2000, desplazando a un gran número de comunidades campesinas y de pastoreo, pero el 70% de estas tierras aún no se han puesto a producir.¹⁸

En segundo lugar, los autores de la FAO eligieron asumir que diferentes tamaños de fincas generalmente tienen rendimientos iguales por hectárea. Por lo tanto, si las fincas pequeñas cubren un cierto porcentaje de la tierra de un país, entonces eso debe corresponder al porcentaje de alimentos que producen agricultores y agricultoras en pequeña escala. En otras palabras, en el estudio de la FAO, la tierra ocupada por la agricultura campesina y en pequeña escala se traduce directamente en la cantidad de alimentos que supuestamente producen.

Esta conclusión puede ser muy errónea, pues existe amplia evidencia, —incluso encontrada por Ricciardi y su equipo— de que las fincas pequeñas son en realidad significativamente mucho más productivas que las grandes, y producen menos desechos. En concreto, Ricciardi et al. encontraron que las fincas de menos de dos hectáreas dedican mayor proporción de su producción a la alimentación, mientras que las fincas de más de 1000 hectáreas tienen la mayor proporción de pérdida post-cosecha. También encontraron que “las dos clases de tamaño de finca más pequeñas (0 a 1 y 1 a 2 hectáreas) son las que más contribuyen a la producción mundial de alimentos en comparación con todas las demás clases”.

El estudio de la FAO también optó por medir la producción nacional de alimentos no en calorías, fanegas o unidades nutricionales, sino en valor, lo que refleja el precio económico que los alimentos producidos alcanzan en el mercado. Esto es problemático. La medida del valor de mercado de los alimentos excluye los productos agrícolas no alimentarios y es un mal indicador de la nutrición que ofrecen los alimentos, y mucho menos de lo que finalmente se consume. Algunos alimentos cuestan más por unidad, pero pueden no ser muy nutritivos (por ejemplo, sabores o edulcorantes). Sectores pobres de la población pueden comer alimentos más baratos (comprados localmente, con poco procesamiento), mientras que los alimentos caros pueden llegar de manera desproporcionada a una pequeña fracción de la población mundial. Más importante aun, una gran cantidad de alimentos que se consumen, especialmente en las comunidades más pobres y los campesinos, lo hacen fuera de la economía de mercado formal. Los alimentos producidos mediante la agricultura de subsistencia o adquiridos por intercambio y trueque constituyen una parte esencial de la nutrición en la red alimentaria campesina, pero no los consigna ninguna estadística nacional que midiera el “valor” de mercado de los alimentos producidos.

4. ¿Quién cuenta como “agricultor en pequeña escala”? Umbrales problemáticos.

Según la cultura, la geografía y la circunstancia nacional, campesinas, campesinos, agricultores en pequeña escala se ven diferente. A la fecha, el término se ha establecido por un sesgo de autoselección, y no aparece tanto en los contextos de las políticas públicas. De forma muy extraña y restringida, el estudio de Ricciardi uniformó a las fincas pequeñas, definiéndolas por medir menos de dos hectáreas, independientemente de la ubicación o el contexto. Esto es inconsistente incluso con el trabajo anterior de su equipo: Navin Ramankutty, uno de los autores de Ricciardi, coeditó recientemente un artículo que define la explotación agrícola de menos de 2 ha como “muy pequeña” y la que mide entre 2 y 5 hectáreas como “pequeña”.¹⁹

El documento de la FAO también definió a las “fincas pequeñas” como las menores a 2 ha. Esto a pesar de que la FAO realizó una consulta global sobre la métrica de las pequeñas fincas en 2018, que rechazó establecer un umbral universal. El documento formal sobre

la posición de la FAO en la definición de “productores en pequeña escala”, redactado por su jefe de estadísticas en 2017, exploró la posibilidad de definir las 5 ha como umbral universal, y no mencionó nunca la medida de 2 ha.²⁰

Pero como muestra el conjunto de datos de Hambrientos de tierra de GRAIN, 2014, (y el jefe de estadística de la FAO lo explica claramente en su artículo sobre el tema),²¹ establecer cualquier definición universal ignora las diferencias regionales, ya que los gobiernos de muchos países definen “pequeño” de manera diferente, en función de contextos relevantes, factores tales como el tamaño relativo de la finca, factores económicos y culturales y otros. Los datos de GRAIN se basan en definiciones nacionales de “pequeño”, y encuentran que el tamaño promedio global para una finca “pequeña” es superior a 2 ha (2.2 ha), y sugieren que cualquier umbral universal significativo podría ser de al menos el doble. Esto significa que el estudio de Ricciardi excluyó la pequeña finca promedio. GRAIN también encontró que los tamaños promedio de las fincas descritas como pequeñas son mucho más altos en algunas regiones como América Latina, el Caribe y América del Norte. El “pequeño agricultor” promedio en América del Norte posee 67.6 ha de tierra, y en América Latina y el Caribe GRAIN determinó que el tamaño promedio de una finca pequeña es de 9.7 ha.

De hecho, la mayoría de los datos que Ricciardi et al. usa provienen de países que considerarían que el umbral para una finca “pequeña” es mucho más alto que dos hectáreas. La mayor parte del conjunto de datos de Ricciardi viene de países europeos donde un agricultor en pequeño generalmente no se define por el tamaño de la propiedad sino por la ESU (Unidad Europea de Tamaño, medida económica que representa un margen bruto estándar de 1200 euros). Un país europeo que no usa ESU es Suiza, que define las fincas pequeñas como cualquier cosa de menos de 20 ha., diez veces mayor que el umbral de Ricciardi. En su informe Hambrientos de tierra, GRAIN descubrió que el tamaño promedio de una granja pequeña en Europa era de 2.2 ha. Esto sugiere que Ricciardi et al. pueden haber descontado más de la mitad de todas las fincas pequeñas en Europa y clasificarlas erróneamente como “grandes”. Esto, a su vez, representaba más de la mitad de los países de su muestra.

Es ilustrativo notar lo que sucede si Ricciardi et al. hubieran seguido el umbral del 5% para “pequeño” utilizado por uno de sus propios autores en un artículo anterior. El conjunto de datos particular de Ricciardi (con todas sus limitaciones) mostró que las granjas de menos de cinco hectáreas producen casi la mitad de las calorías de los alimentos (44-48%). Eso refleja de cerca el cálculo original de ETC, establecido en el informe Quié nos alimentará de 2009, de que el 50% de los alimentos proviene de la producción campesina y de agricultura en pequeña escala.

Una forma más precisa de abordar esto habría sido prescindir de un límite universal arbitrario y aplicar en su lugar las definiciones nacionales de pequeñas explotaciones agrícolas determinadas por los propios países.

5. ¿Sólo dos quintas partes de la población mundial? Sesgo y borrado geográfico.

Quizás uno de los aspectos más preocupantes del estudio de Ricciardi et al. es que, hace una afirmación global audaz, utilizando un conjunto de datos limitado y sesgado. Ricciardi se basa en de datos de 55 naciones, que representan sólo una cuarta parte de todos los países y dos quintas partes de la población mundial.²²

Mucho más de la mitad de esos países (31) son europeos. El resto incluye a Estados Unidos, las naciones BRICS más ricas (Brasil, Rusia, India, Sudáfrica) y luego algunos otros países, en su mayoría de América Latina y África, con sectores de fuertes de agronegocios, como México, Nigeria, Colombia. Este muestreo excluye los datos de casi toda Asia, especialmente el Sudeste; el Caribe y el Pacífico (excluye significativamente a China). Sólo hay una nación insular, Timor Leste, y sólo 7 son de la lista de la ONU de 46 países menos desarrollados. Por el contrario, el conjunto de datos cuenta con casi la mitad (22) de los 46 países más ricos según su PIB.²³ Esto sesga fuertemente los datos hacia la descripción de situaciones agrícolas en el Norte Global donde la producción campesina de alimentos es aún más marginal. El conjunto de datos no representa con precisión el mundo y ciertamente no representa el Sur Global.

Esto es sumamente importante porque los países omitidos cuentan una historia muy diferente sobre la producción en pequeña escala. Por ejemplo, la FAO informa que en China (que representa casi una quinta parte de la población mundial) los productores en pequeño producen 80% de los alimentos. En América Latina, 17 millones de campesinas y campesinos producen 51% del maíz, 77% de los frijoles y 61% de las papas que se consumen.²⁴ África, como continente, tiene aproximadamente el mismo porcentaje de población mundial que China y allí también se calculó que el 80 por ciento de los alimentos que se consumen son cultivados por comunidades campesinas.²⁵ Para más resultados sesgados, varios de los pocos países no industrializados muestreados por Ricciardi et al. (por ejemplo, Mongolia, Kazajstán, Tayikistán, Nigeria) son aquellos en los que las calorías del pastoreo, la carne y los productos lácteos son importantes, pero que se invisibilizan porque el estudio se enfoca únicamente en los cultivos básicos.

Ricciardi et al., en su artículo de 2018, analizan un estudio (Samberg et al.)²⁶ que utilizó un conjunto de datos sesgado del Sur global más grande y una metodología diferente para concluir que el 55% de los alimentos los producían agricultores con menos de cinco hectáreas de tierra (en línea con las estimaciones originales de ETC). Ese documento, publicado dos años antes, (donde uno de los autores es también autor clave en el estudio de Ricciardi) concluye que “en gran parte del mundo en desarrollo, la producción de alimentos en pequeña escala no sólo es un aspecto clave de la seguridad alimentaria para los pobres de las zonas rurales, sino que también constituye la mayoría de la producción y apuntala la sostenibilidad agrícola a escala nacional y regional”.

En el estudio de Ricciardi, los autores incluso reconocen que si su metodología se aplicara al conjunto de datos de Samberg, y si esos datos se tomaran como muestra global (igual que hace el texto de Ricciardi), resultaría que el 76 por ciento de los alimentos provienen de fincas de menos de cinco hectáreas. Ése es un descubrimiento contrario muy significativo que mencionan pero no explican.

Si el objetivo de la investigación es averiguar qué método de cultivo mitigará mejor el hambre en el mundo, sería importante elegir un conjunto de datos que incluya o incluso enfatice la información de los lugares con poblaciones más vulnerables al hambre.

Conclusion

Ricciardi y su equipo llegaron a sus conclusiones a través de metodologías que sistemáticamente pasan por alto y borran del registro las contribuciones al suministro de alimentos de la mayoría de campesinas, campesinos, agricultores en pequeña escala y otros colectivos. Sus datos se extrajeron de un muestreo parcial, sesgado hacia el Norte, que restringió innecesariamente la definición de la pequeña propiedad agrícola mucho más allá de las definiciones nacionales, y a un umbral que incluso sus propios autores habían descrito previamente como “muy pequeño”. Incluso sólo prestaron atención a las calorías de los cultivos. Dadas las limitaciones de sus datos, exageraron enormemente en sus titulares y no investigaron las contradicciones en sus propios hallazgos. Tampoco “refutaron” la estimación del 70%, que tan insistentemente se propusieron anular, pues su primer obstáculo, que no superaron, fue lograr un uso coherente de la métricas. Si bien hay ideas muy importantes en ese documento, no se debe confiar en sus conclusiones principales para guiar la política alimentaria.

Si la intención del documento de la FAO de Lowder et al. fue comprender el asunto de la nutrición y quién alimenta realmente al mundo (como anuncia su título) usaron la metodología incorrecta. Para responder a una pregunta de consumo, se equivocaron al basarse en estadísticas de producción, área de tierra y métricas de valor, ninguna de las cuales mide la nutrición. Excluyeron de sus consideraciones a la red campesina, más completa en producción y aprovisionamiento, y se basaron en la tenencia de la tierra como indicador indirecto de la producción de alimentos, y equipararon el valor de éstos al indicador indirecto de los alimentos consumidos. Optaron por no distinguir entre diferentes tasas de eficiencia de la producción en pequeño y la de escala industrial. También ignoraron la propia guía de la FAO sobre cómo definir las fincas pequeñas. Es preocupante que su estudio lleve el visto bueno de la FAO e incluso llegue a recomendar que se preste más atención política a las grandes explotaciones. Este estudio profundamente defectuoso no debería ser la base para cambios de política en esa institución.

Desafortunadamente, las conclusiones de ambos estudios, que han estado acaparando titulares, refuerzan un mito inútil: que la producción campesina, en pequeño, no industrial, no satisface eficientemente las necesidades mundiales de alimentos y nutrición. Este mito, promovido aún más por medios como Our World in Data, puede alentar que se prioricen políticas de apoyo a la cadena alimentaria industrial mientras borra o menosprecia las importantes contribuciones de campesinas, campesinos y otros actores no industriales a la conversación sobre el hambre.

Lamentablemente, al tratar obtusamente de “terminar con el mito del 70%”, y contar incluso con datos que les hubieran servido, los medios no cuestionaron las afirmaciones infundadas de la cadena industrial de alimentos. Debemos preguntarnos por qué la agricultura industrial continúa dominando los espacios de formulación de políticas

cuando tenemos cada vez más información que confirma su extrema ineficiencia y devastación ambiental, y su enorme contribución a las emisiones de gases con efecto de invernadero, la erosión de la biodiversidad y los impactos negativos para la salud.

Además, debemos preguntarnos por qué hay tan poca inversión en la recopilación precisa de datos para medir la contribución exacta de la producción campesina, cuando ya tenemos datos que muestran su eficiencia sustancial y su capacidad para producir alimentos y aumentar la resiliencia.

Todas éstas son preguntas demasiado importantes como para equivocarse. En el futuro, una mayor recopilación de datos, definiciones justas, claridad sobre las debilidades metodológicas y la elección de supuestos que no borren ni menosprecien las contribuciones de campesinas, campesinos, pueblos indígenas, migrantes, comunidades locales, pesqueras, de caza, pastoreo y recolección y de agricultura urbana, harán que la conversación avance de manera más productiva.

Endnotes

1. Grupo ETC (2009), “¿Quién nos alimentará? Preguntas sobre la crisis alimentaria y climática”, 1ª edición. Comunicado #102. Disponible en línea en: https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/publication/pdf_file/Comm102WhoWillFeeSpa.pdf
2. Grupo ETC (2014), “Con el caos climático: ¿Quién nos alimentará? ¿La cadena alimentaria industrial o la red alimentaria campesina?”, 2ª edición. Disponible en línea en: https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/web_quien_nos_alimentara_sin_notas_0.pdf
3. FIDA y PNUMA (2013), “Pequeños agricultores, seguridad alimentaria y medio ambiente”, Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA) y Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA). Disponible en línea en: https://www.ifad.org/documents/38714170/39135645/smallholders_report.pdf/133e8903-0204-4e7d-a780-bca847933f2e
4. Ricciardi V et al., (2018), “How much of our world’s food do smallholders produce?”, Glob. Food Sec. 17, 64–72. Disponible en línea en: https://www.researchgate.net/publication/325405959_How_much_of_the_world's_food_do_smallholders_produce
5. Lowder SK, et al.,(2021) “Which farms feed the world and has farmland become more concentrated?”, World Development, 142., World Development, 142. Disponible en línea en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0305750X2100067X>
6. Por ejemplo, el 23 de septiembre se publicó un artículo escrito por autores de GRAIN y La Vía Campesina para el periódico The Guardian (Reino Unido). Si bien el manuscrito presentado se refería a cómo el 70% del mundo era alimentado por agricultores en pequeño, los verificadores de hechos lo editaron para decir “un tercio”. El artículo ahora lleva una nota del editor. <https://www.theguardian.com/global-development/2021/sep/23/small-farmers-have-the-answer-to-feeding-the-world-why-isnt-the-un-listening>
7. Ver: <https://ourworldindata.org/funding>
8. Ritchie, H. (2021) “Smallholders produce one-third of the world’s food, less than half of what many headlines claim”, (Los pequeños agricultores producen un tercio de los alimentos del mundo, menos de la mitad de lo que afirman muchos titulares), Our World in Data. Disponible en línea en: <https://ourworldindata.org/smallholder-food-production>
9. Los 3 autores están acreditados como “Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, Roma, Italia” y la FAO publicó un comunicado de prensa que promueve la investigación titulada “Los pequeños agricultores familiares producen alrededor de un tercio de los alimentos del mundo”. Disponible en línea en: <https://www.fao.org/news/story/en/item/1395127/icode/>
10. “Sin embargo, en la medida en que las organizaciones internacionales se enfoquen en lo que sucede en el extremo inferior de la distribución, su atención puede desviarse del estado de las fincas medianas y grandes que representan la gran mayoría de las tierras agrícolas. Sería difícil, si no imposible, tener una imagen imparcial del estado de la agricultura corporativa y a gran escala si las organizaciones internacionales se enfocan solo en los pequeños productores y las pequeñas granjas”. En el informe de la FAO de 2021; Lowder S.K., et al.,(2021) “Which farms feed the world and has farmland become more concentrated?”, World Development, 142, p.p.4.
11. En un artículo de blog sobre Springer Nature, Ramankutty (uno de los autores de Ricciardi et al.) explica cómo el artículo fue impulsado por su incredulidad de que los pequeños agricultores pudieran alimentar al 70% del mundo: “Ella había leído que los pequeños agricultores producen el 70% de los alimentos del mundo y me preguntaba cómo se sabía eso y cuáles eran las implicaciones. Estaba asombrado por esa estadística. Mi trabajo consiste en mapear el uso de la tierra agrícola del mundo y saber que casi el 50% de la tierra del mundo se dedica al trigo, maíz, arroz, y soya, no podía imaginar cómo esto podría ser posible”. Ramankutty, Navin, “Are Small Farms Better?”, Sustainability Community, Springer Nature, 26 de marzo de 2021. Disponible en línea en: <https://sustainabilitycommunity.springernature.com/posts/are-small-farms-better>
12. Para obtener más descripciones de la red alimentaria campesina y la cadena alimentaria industrial, consulte: Grupo ETC (2017), “Con el caos climático: ¿Quién nos alimentará?”, 3.ª edición. Disponible en https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc_whoillfeedus-english-webshare.pdf
13. “De dónde obtiene la mayoría de la gente sus alimentos”, en Grupo ETC (2017), Op. Cit https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc_whoillfeedus-english-webshare.pdf available to consumers in 2019, went into the waste bins of households, retailers, restaurants and other food services. See: <https://www.fao.org/platform-food-loss-waste/news/detail/en/c/1378973/>

14. “De dónde obtiene la mayoría de la gente sus alimentos”, en Grupo ETC (2017), Op. Cit <https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc-whoillfeedus-english-webshare.pdf> available to consumers in 2019, went into the waste bins of households, retailers, restaurants and other food services. See: <https://www.fao.org/platform-food-loss-waste/news/detail/en/c/1378973/>
15. “¿Cuánto cuesta la Cadena?” en Grupo ETC (2017), Op. Cit.
16. FAO de 2021: Lowder S.K., et al.,(2021) Op. Cit. pág. 2.
17. La definición de granjas familiares de la FAO y el FIDA abarca “modelos en agricultura, pesca, silvicultura, pastoreo y acuicultura, e incluye campesinos, pueblos indígenas, comunidades tradicionales, pescadores, agricultores de montaña, usuarios de bosques y pastores” en FAO y FIDA (2019), The United Nations Decade of Family Farming 2019-2028. Plan de acción mundial, p.8. Roma.
18. GRAIN (2021) “El estado de la apropiación global de tierras agrícolas, según Land Matrix”, 27 de octubre de 2021. Disponible en línea en: <https://grain.org/en/article/6758-the-state-of-el-acaparamiento-global-de-tierras-agricolas-segun-la-matriz-de-tierras>
19. Samberg, L. et al, (2016), “Distribución subnacional del tamaño promedio de las granjas y contribuciones de los pequeños propietarios a la producción mundial de alimentos”, Environ. Res. Letón. 11 124010. Disponible en: <https://iopscience.iop.org/article/10.1088/1748-9326/11/12/124010/meta>
20. FAO (2018) “Definición internacional propuesta de pequeños productores de alimentos: seguimiento de los indicadores de los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2.3.1 y 2.3.2”, Roma. Disponible en: unstats.un.org/unsd/statcom/49th-session/documents/BG-Item3i-small-scale-food-producers-definition-FAO-E.pdf
21. GRAIN, “Hambrientos de tierra: Los pequeños agricultores alimentan al mundo con menos de una cuarta parte de todas las tierras agrícolas”, mayo de 2014. Disponible en línea en: <https://grain.org/article/entries/4929-hungry-for-land-los-pequenos-agricultores-alimentan-al-mundo-con-menos-de-una-cuarta-de-todas-las-tierras-agricolas>
22. Porcentaje de población calculado con referencia a las cifras estimadas de 2021 enumeradas en: <https://www.britannica.com/topic/list-of-the-populations-of-the-worlds-countries-dependencies-and-territories-2156538>
23. UNCTAD, “UN's official list of 46 Least Developed Countries”, Página consultada en enero de 2022: <https://unctad.org/topic/least-developed-countries/list>
24. Altieri, M. (2008), “Pequeñas Granjas como Activo Ecológico Planetario: Cinco Razones Clave por las que Deberíamos Apoyar la Revitalización de Pequeñas Granjas en el Sur Global”, Envir. y desarrollo Serie 7. Disponible en línea en: https://www.researchgate.net/publication/237427498_Small_Farms_as_a_Planetary_Ecological_Asset_Five_Key_Reasons_Why_We_Should_Support_the_Revitalisation_of_Small_Farms_in_the_Global_South
25. Paloma Gomez, S. (Ed.), Riesgo, L. (Ed.) and Louhichi, K. (Ed.), (2020) El papel de las pequeñas explotaciones agrícolas en la seguridad alimentaria y nutricional, Springer.
26. Samberg, L. et al., (2016), “Distribución subnacional del tamaño promedio de las granjas y contribuciones de los pequeños propietarios a la producción mundial de alimentos”, Environ. Res. Letón. 11 124010.